

15ºD.TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 10,25-37.

En aquel tiempo, se presentó un letrado y le preguntó a Jesús para ponerlo a prueba:

-Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?

Él le dijo: - ¿Qué está escrito en la Ley?, ¿qué lees en ella?

El letrado contestó: - «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo.»

Él le dijo: - Bien dicho. Haz esto y tendrás la vida.

Pero el letrado, queriendo aparecer como justo, preguntó a Jesús:

- ¿Y quién es mi prójimo?

Jesús dijo:

- Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo.

Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba él y, al verlo, le dio lástima, se le acercó, le vendó las heridas, echándole aceite y vino y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios y, dándoselos al posadero, le dijo:

- Cuida de él y lo que gastes de más ya te lo pagaré a la vuelta. ¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los bandidos?

El letrado contestó: - El que practicó la misericordia con él.

Le dijo Jesús: - Anda, haz tú lo mismo.

VER Y TENER COMPASIÓN

El Evangelio de hoy narra «la parábola del buen samaritano». Todos la conocemos. Como telón de fondo, el camino que desciende desde Jerusalén hasta Jericó. A un lado, yace un hombre al que los ladrones han golpeado y robado. Un sacerdote que pasa lo ve pero no se detiene, sigue adelante. Lo mismo hace un levita, esto es, un encargado del culto en el templo. «En cambio, dice el Evangelio, un samaritano que viajaba por allí, al pasar junto a él, lo vio y tuvo compasión». No olvidemos estas palabras: «tuvo compasión». Es el sentir de Dios cada vez que nos ve «en dificultad», «en pecado», «en cualquier miseria».

El evangelista desea precisar que «el samaritano viajaba». Por tanto, aquel samaritano, a pesar de tener sus propios planes y de dirigirse a una meta lejana, «no busca excusas y se deja interpelar por lo que sucede en su camino». Pensémoslo: ¿No nos enseña el Señor a comportarnos precisamente así? «¿A mirar a lo lejos, a la meta final, poniendo al mismo tiempo mucha atención en los pasos que hay que dar, aquí y ahora, para llegar a ella?»

Es significativo que los primeros cristianos fuesen llamados «discípulos del Camino». Y es que el creyente se parece mucho al samaritano. Como él, «está de viaje». «Sabe que no es una persona que ha llegado y desea aprender todos los días siguiendo al Señor Jesús», que dijo: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»

«Yo soy el Camino». El discípulo de Cristo «camina siguiéndolo a Él», y así «se hace discípulo del Camino». Va detrás del Señor que está siempre en camino. Y, por el camino, «encuentra a las personas», cura a los enfermos, visita pueblos y ciudades. Así actúa el Señor, «siempre en camino».

De este modo, el discípulo del Camino, es decir, «nosotros los cristianos», vemos que «su modo de pensar y de obrar nos cambia poco a poco, haciéndonos cada vez más conforme al estilo del Maestro». «Caminando sobre las huellas de Cristo aprendemos, como el samaritano, «a ver y a tener compasión». Ver, abre los ojos a la realidad sin estar encerrado egoístamente en el círculo de nuestros propios pensamientos.

En cambio, el sacerdote y el levita ven al desgraciado pero es como si no lo hubiesen visto, pasan de largo, miran a otro lado. «El Evangelio nos educa a ver», nos guía a cada uno de nosotros «a comprender rectamente la realidad», superando día tras día ideas preconcebidas y dogmatismos.

«Seguir a Jesús nos enseña a tener compasión», a fijarnos en los demás, sobre todo en quien sufre, en el más necesitado y a comportarnos como el samaritano. **«No pasar de largo sino detenerse».**



Ante esta parábola evangélica puede suceder que culpabilicemos, que señalemos con el dedo a los demás comparándolos con el sacerdote y el levita: ¡Este y aquel pasan de largo, no se detienen! o que nos culpabilicemos a nosotros mismos enumerando nuestras faltas de atención al prójimo. Pero no es un buen ejercicio. Es verdad que cuando hemos sido indiferentes y nos hemos justificado, **«debemos reconocerlo, ha sido un error».** Pero no nos quedemos ahí.

Pidamos al Señor que nos haga salir de nuestra indiferencia egoísta y que nos ponga en el Camino del Discipulado. **«Pidámosle que nos haga ver y tener compasión».** Esta **«es una gracia que tenemos que pedirla al Señor»** **«Señor, que yo vea, que yo tenga compasión, como Tú me ves a mí y tienes compasión de mí».** Es una hermosa oración para pedirla. Que tengamos compasión de quienes encontramos en nuestro camino, sobre todo de quien sufre y está necesitado, para acercarnos y **«hacer lo que podamos para echar una mano».**

Decía el Papa Francisco que, cuando se encontraba con algún cristiano que iba a hablar con él de cosas espirituales y le preguntaba si daba limosna. La respuesta era sí. A lo que él repreguntaba: —¿Y tú tocas la mano de la persona a la que das la limosna? —No, la dejo caer. —¿Y tú miras a los ojos a esa persona? —No, no se me ocurre. Y concluía: Si tú das limosna sin tocar la realidad, sin mirar a los ojos de la persona necesitada, **«esa limosna es para ti, no para ella».**

Merece la pena pensar en esto: **«¿Yo toco las miserias?»**, ¿también esas miserias que ayudo? **«¿Miro a los ojos a las personas que sufren, a las personas a las que ayudo?»** Puede ser el pensamiento de hoy: **«ver y tener compasión».** Que la Virgen María **«nos acompañe en esta vía de crecimiento».** Que nos ayude a ser cada vez más **«discípulos del Camino».**

¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

13 de julio de 2025